



La lectura primera que en este día se proclama, pertenece al llamado Pentateuco sapiencial. Una serie de libros bíblicos, cinco en concreto, que tienen como tarea en enseñar el arte del buen vivir.

Ser artesano de la propia vida, moldearla para darle la forma deseada, añadirle los colores precisos -entendidos como matices-...es todo un reto.

La palabra que se dice revela a quien la pronuncia, nos dice el texto bíblico de este domingo. El problema es que hoy no se sabe a ciencia cierta, si quien la pronuncia piensa realmente lo que dice, o la utiliza para engañar o alagar al interlocutor con el fin de robar el consenso social, la aprobación, el apoyo que se necesita.

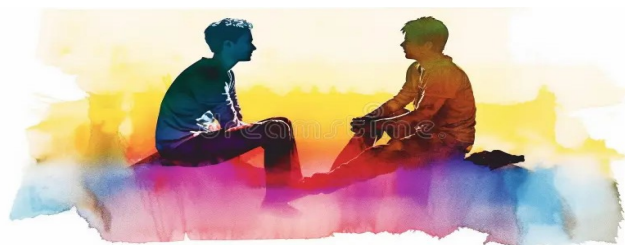
De ahí la conveniencia de tener en cuenta esta dicho del escritor norteamericano Cullen Hightower (+2008): **"La gente rara vez se vuelve famosa por lo que dice hasta que se vuelve famosa por lo que hace"**.

El texto del Eclesiástico que se nos regala en este día, para que lo rumiemos en el corazón envuelto en lo que Jesús nos dice en el evangelio, insiste en las palabras y en los razonamientos, en su buen uso y correcta evaluación.

Es un medio, noble e insuperable, que disponemos las personas para sacar a relucir la riqueza de

nuestra interioridad; lo que nos conmueve, emociona, fascina, asusta o bloquea en lo profundo de nuestro ser.

San Gregorio Magno, sabio papa de la antigüedad cristiana, en su preciosa obra que lleva por título **"Regla pastoral"** escribe: **"El pastor debe saber guardar silencio con discreción y hablar cuando es útil"**. Un consejo que, ciertamente, vale para todos. Nunca se ha de decir lo que se debe callar, ni se ha de callar lo que se ha de decir.



Ex abundantia cordis os loquitur es decir: **"De la abundancia del corazón habla la boca"**. La palabra debe estar siempre ligada a la sede de la inteligencia, -el corazón en sentido bíblico- y nunca a las pasiones, emociones puras y, mucho menos, a los impulsos desnudos del momento, para no hablar **"a tontas y a locas"**. Un proverbio turco dice: **"El hombre bueno lleva su corazón en su lengua, y el hombre prudente lleva su lengua en su corazón"**.

De ahí la "pauta" que se nos muestra en este día en lo que hemos escuchado: **"no elogies a nadie antes de oírlo hablar, porque ahí es donde se prueba una persona"**.

Pero no hemos de olvidar que todo arte, como el del buen vivir, necesita maestro; pero no un maestro ciego como nos dirá Jesús en el evangelio del día. En un himno de san Gregorio Magno -Inmense **caeli**

Conditor-, se pide al Dios del cielo **"que la fe encuentre la luz"**. La función principal de la luz es disipar la oscuridad que, con facilidad, toma carta de ciudadanía en nuestro diario vivir.

Para el cristiano fiel, la luz de la Palabra de Dios es la antorcha ardiente que le guía en medio de la oscuridad de la vida y, en este domingo se nos dice: **"...cuando la persona habla, se descubren sus defectos..."**.

Palabras claras que se hacen invitación a no hacer juicios precipitados sobre quién no conocemos lo suficiente porque, cuando nos hacemos una idea de alguien, nuestros pensamientos fácilmente nos llevan a ver una realidad que no existe.

Hacer valoraciones apresuradas, creyendo que se sabe lo que se esconde en el corazón de los otros, es un gran error. Primero, porque es fruto del orgullo y, segundo, porque nos aleja de la verdad. Es absurdo, por tanto, clasificar a alguien que no conocemos lo suficiente sobre la base de apreciaciones personales.

Los cavilaciones y las emociones son como los caballos: bien guiados nos llevan lejos, de lo contrario nos hacen caer al suelo, de ahí el consejo que nos ofrece Pitágoras: **"Mide tus deseos, pesa tus opiniones, cuenta tus palabras"**.





Orando en la escuela de los salmos

Un salmo para rumiar

Sal 91, 2-3. 13-14. 15-16 (R.: cf. 2a)

Es bueno dar gracias al Señor
y tocar para tu nombre, oh Altísimo,
proclamar por la mañana tu misericordia
y de noche tu fidelidad.

**El justo crecerá como una palmera,
se alzará como un cedro del Líbano;
plantado en la casa del Señor,
crecerá en los atrios de nuestro Dios.
En la vejez seguirá dando fruto
y estará lozano y frondoso,
para proclamar que el Señor es justo,
que en mi Roca no existe la maldad.**

El salmo 91 comienza presentando la belleza de alabanza fruto de la contemplación de lo que Dios hace. De ahí la necesidad de *“tocar para tu nombre”*. Dar gracias al Altísimo es para el salmista una delicia. Es feliz haciendo feliz a Dios y, él como persona, así se realiza, por eso su vida se construye sobre la glorificación.

Reflexiona sobre la grandeza de las obras del Todopoderoso: la liberación de Egipto, la alianza del Sinaí, la conquista de la Tierra Prometida, la construcción del templo.

Observa que los pensamientos de Dios son tan profundos que los hombres no pueden agotar su entendimiento (cf. Sal 35,7; 39,6) y el rumiarlos, dándoles

vuelta en el corazón, es para él fuente de sobrecogimiento. Los necios, al no ser humildes, no pueden entender sus maravillas. Su florecimiento *“es sólo para su ruina eterna”*.

El salmista tiene muchos enemigos, que son también y principalmente enemigos de Dios, pero recibe de Él la fuerza para luchar: *“Me das la fuerza de un búfalo, me has ungido con aceite nuevo”*. Nosotros en Cristo recibimos fuerza del Espíritu Santo, y el aceite que hemos recibido es el del crisma del sacramento de la Confirmación.

La fuerza y seguridad que el salmista siente le lleva a no temer a los adversarios: *“Mis ojos despreciarán a mis enemigos”*. Para nosotros cristianos no hay desprecio por los enemigos como personas, sino sólo desprecio por sus halagos que tratan de debilitarnos conquistándonos el corazón.



Es cierto que los malvados sólo prosperarán por un momento, pero luego caerán en la ruina: *“mis oídos escucharán su derrota”*.

Sucedará lo contrario con los justos, que florecerán *“en los atrios de nuestro Dios”*, y en la vejez *“seguirán dando fruto”*. Ejemplos perfectos de esto son Simeón y Ana. Sus raíces se hunden en el mismo Dios de quien reciben la savia de la gracia divina. La vida del Señor los nutre y los transforma, haciéndoles florecer, es decir, capaces de ofrecer a los demás el testimonio de la propia fe.

En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo-Sancta Ovetensis

DOMINGO VIII “PER ANNUM” “C”

Un texto para guardar en la memoria del corazón

Eclesiástico 27, 4-7

Cuando se agita la criba, quedan los desechos; así, cuando la persona habla, se descubren sus defectos. El horno prueba las vasijas del alfarero, y la persona es probada en su conversación. El fruto revela el cultivo del árbol, así la palabra revela el corazón de la persona. No elogies a nadie, antes de oírlo hablar, porque ahí es donde se prueba una persona.



Lucas 6, 39-45

En aquel tiempo, dijo Jesús a los discípulos una parábola: **«¿Acaso puede un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán los dos en el hoyo?...¿Por qué te fijas en la mota que tiene tu hermano en el ojo y no reparas en la viga que llevas en el tuyo? ¿Cómo puedes decirle a tu hermano: “Hermano, déjame que te saque la mota del ojo”, sin fijarte en la viga que llevas en el tuyo? ¡Hipócrita! Sácate primero la viga de tu ojo, y entonces verás claro para sacar la mota del ojo de tu hermano... El hombre bueno, de la bondad que atesora en su corazón saca el bien, y el que es malo, de la maldad saca el mal; porque de lo que rebose el corazón habla la boca».**